

Caras y Caretas  
7 de 1921

Buenos Aires (R. A.)



RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III

L A S  
E R E Z A S  
D E  
D O R O T E A  
C R O M W E L L

P O R  
M I G U E L  
D E  
U N A M U N O



En el mundo que nos revelan las «Cartas y discursos» de Oliverio Cromwell que coleccionó y elucidó Tomás Carlyle, el profeta del héroe y del culto al heroísmo. El héroe es aquí Cromwell. Y el mundo que en sus cartas y sus discursos se nos revela es un mundo exterior, de encendidas luchas políticas — religiosas y económicas — de la Inglaterra de mediados del siglo XVII, pero es un mundo interior también, el del alma histórica de Cromwell, el de toda alma histórica, el del alma de la historia.

Mr. J. Morley, en su libro sobre el héroe puritano — *Oliver Cromwell, by John Morley* — nos dice que «Los impuestos y la religión han sido siempre los dos primeros móviles en las revoluciones humanas; en los trastornos civiles del siglo diecisiete esos dos poderosos factores estaban combinados». Es que la religión es una economía a lo divino, en que se trata del gran negocio de nuestra salvación eterna, y la economía es una religión a lo humano, en que se trata de la salvación del negocio temporal. Y ambas cosas le preocupaban al héroe Cromwell.

Hay que leer las cartas que desde el 1.º de febrero de 1649 al 15 de abril del mismo año dirigió al Rev. Mr. Robinson la primera, y las demás a R. Mayor, Esq. el que había de ser su consuegro — hermano le llamaba después — referentes a la boda de su hijo, Ricardo Cromwell, con la hija de Mayor, Dorotea. En las cartas se trata sobre todo de economía doméstica, de lo que había de dar a su nuera, de lo que Mayor había de dar a su yerno. El héroe cuenta las guineas.

Toda esta negociación surgió cuando el héroe acababa de firmar, con otros, la sentencia de muerte del rey Carlos Estuardo, sentencia que al profeta, a Carlyle, le arranca las más extrañas jaculatorias, y cuando iba a emprender la campaña de Irlanda.

En la carta del 6 de abril el héroe dice al padre de Dorotea: «Señor, mi hijo tiene un gran deseo de asentarse y atender a vuestra hija. Me doy cuenta de que piensa en eso más que en atender a su negocio (*business*) aquí». Lo que le arranca al profeta esta exclamación: «perro!» (*The dog!*). Ricardo pensaba más en su novia que en la Causa, en la historia. ¿No era para él Dorotea Mayor una causa — religiosa también! — y una historia? ¿No era su futura mujer su historia?

El 1.º de mayo (1649) se casaron Ricardo Cromwell y Dorotea Mayor — ahora ya Dorotea Cromwell — y dos meses y dieciocho días después, el 19 de julio, escribiendo el héroe a su muy amante hermano — *my very loving Brother* — Ricardo Mayor, le dice: «Me alegro mucho oír que le va bien y que nuestros chicos tienen lugar de hacer un viaje a comer cerezas: — es muy excusable en mi hija; espero que tenga muy buena excusa (*pretence*) para ello!»

¡Muy excusable el ir a comer cerezas en una recién casada, y aunque sea nuera del héroe puritano! Y esa excusa a los dos meses y medio de la boda ¿no será un antojo? Pero el juez terrible de Carlos I, el tempestuoso caudillo no usaba humorismos. «Oliverio no es dado a la ironía — nos dice su profeta — ni estaba a tono en aquel momento».

En carta del 13 de agosto a su hermano consuegro le pide que aconseje a su hijo, a Ricardo, para que entienda de negocio, lea historia, estudie matemáticas y cosmografía, «con subordinación a las cosas de Dios». Y agrega: «Todo esto tendiendo al servicio público, para el que ha nacido el hombre». Sí, y para la historia! Que lea historia, mientras su mujer, Dorotea, con

excusa, va a comer cerezas. ¡Es en ella excusable!

En el mismo día 13 escribe el héroe a su nuera, Dorotea Cromwell (antes Mayor) y después de decirle que no vacila en decir que le quiere, añade: «Deseo que ambos os ocupéis ante todas las cosas de buscar al Señor, de estar llamándole de continuo, que quiera manifestarse El mismo a vosotros en su Hijo... Deseo que provoques a tu Marido a ello. En cuanto a los placeres de esta vida y negocios externos, sean de añadidura. Ponte sobre todo esto por la Fe en Cristo, y entonces tendrás el verdadero uso y consuelo de todo ello — y no de otro modo. Tengo gran satisfacción en la esperanza de que vuestro espíritu va por este camino, y deseo que crezcáis en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo...» Y luego: «Esta última gran Merced de Irlanda es una gran manifestación de ello. Tu marido te dará cuenta de ello».

La gran merced de Irlanda, de que Ricardo Cromwell, de quién quería el héroe, su padre, que viviese en la historia, al servicio público — «para el que ha nacido el hombre» — había de explicar a su mujer Dorotea, era una campaña guerrera, una feroz campaña. «Estas suaves domesticidades y piedadades — escribe Carlyle, el profeta — contrastan extrañamente con la fiera salvajería y el férreo horror, duros como el Juicio Final, que encontramos en el siguiente paquete de cartas que tenemos de él». ¡Y tanto! Cartas sin dulzura de jugo de cerezas y oliendo a pólvora.

Después de haber enviado al cadalso al rey Carlos I y al ir a emprender la terrible campaña de Irlanda, Oliverio Cromwell, el héroe del profeta Tomás Carlyle, quiere que su hijo Ricardo, atento a su Dorotea, estudie historia y que le explique a ella, a su mujer, en qué consiste la gran merced de Irlanda. Dorotea en tanto se iba al campo a comer cerezas.

Sí, era excusable, era muy excusable en Dorotea Cromwell — de nacimiento Mayor — el irse a comer cerezas, y tenía para ello un buen pretexto. ¡Y más a los dos meses y medio de haberse casado! Y hasta luego que su Ricardo, el hijo del héroe, con quien ella buscaba al Señor, le explicase la gran merced de la guerra en Irlanda, le chapuzase en aquella historia de sangre y de horrores. Hacen falta cerezas para digerir la historia. Y más una historia guerrera y puritana.

¿Historia? ¿Es que la jornada a comer cerezas, a los dos meses y medio de casados, no es también historia? ¡Sí, es historia, y tan historia como la otra! Ni sabemos que la toma de Kilkenny, de que el héroe da cuenta a su consuegro el padre de Dorotea, el 2 de abril de 1650, fuese más historia que la toma de las cerezas por Dorotea. En esta misma carta escribe el héroe: «Me alegro de oír como le ha placido al Señor tratar a mi hija. Debía de ser algo relacionado con las cerezas, aunque según los registros de Noble — muy defectuosos, asegura el profeta — el primer hijo de Ricardo Cromwell no nació hasta el 3 de noviembre de 1652».

Sí, todas las Doroteas, nueras o no de héroes, de caudillos, que viven en la historia y para la historia, saben, por divina inspiración, que ésta, que la historia, no es digestible sin cerezas. Hay que salir al campo, y mejor en plena luna de miel, a comer cerezas. Sin esto es en valde estarse llamando al Señor para que se nos manifieste en la historia. Los cielos narran la gloria del Señor, dice el salmista. Pero también los cerezos — ya en flor, ya en fruto — la narran. Sin el dulce fruto del cerezo ¿cómo podríamos digerir esta historia de guerras y horrores, en Irlanda y en donde quiera?